

DISCURSO
PANEGÍRICO-APOLOGÉTICO

SOBRE

LA DEVOCION AL SAGRADO ESCAPULARIO
DE NUESTRA SEÑORA DEL CÁRMEN.

(DE SÁNCHEZ SOBRINO.)

Invoca Dominum, loquere pro nobis regi, et libera nos de morte.
Invoca al Señor, habla al rey por nosotros, y libranos de la muerte.
Ester, c. 15. v. 3.

Así habló el santo Mardoqueo á su sobrina la reina Ester, para librar al pueblo de Judá del decreto de exterminio que á instancias fraudulentas de Aman habia firmado el incauto Asuero. Vosotros no ignoráis la soberbia de aquel pérfido ministro, y su conato por perder al que no doblase la rodilla en su presencia y le adorase. Verdadero imitador de Satanas, que pretendió ser adorado del Unigénito de Dios, hecho hombre, quiso que le adorase Mardoqueo. Pero este verdadero israelita, digno hijo de Abrahan, de Isaac y de Jacob, jamas quiso tributar á una vil criatura el obsequio debido únicamente á Dios. Esta loable resistencia encendió el espíritu de Aman, y obtuvo fraudulentamente decreto de exterminio contra todo el pueblo de Israel, cautivo en Babilonia. El zelo de Mardoqueo por la salud de sus hermanos le hizo cubrirse de un saco de penitencia y de ceniza; y afligido hasta el fondo de su corazón, dirigió á su so-

brina la reina, que gozaba del mayor influjo para con Asuero, por lo mucho que la amaba, las siguientes palabras: *invoca al Señor, habla al rey por nosotros, y libranos de la muerte.* La súplica logró todo su efecto. El grande Asuero desirrió á los ruegos de Ester, y no solo revocó el decreto de exterminio, dado contra los israelitas, sino que confundió y perdió á sus enemigos.

Hé aquí, señores, una figura en cierto modo análoga á los fines que se proponen los cofrades del escapulario del Cármén. El infernal Aman, que ántes de descender precipitado al abismo por su soberbia, obtuvo por algunos instantes un singular principado en el cielo, corte del divino Asuero, como principio que era de sus caminos, segun la expresion de la Escritura, de resultas de su caída concibió un odio implacable contra todo el género humano, principalmente contra los verdaderos israelitas ó profesores de la Religion de Jesucristo, á quien vió exaltado sobre los cielos y propuesto por objeto de adoracion á los ángeles. Animado pues de orgullo y envidia, tentó con dolo á nuestros primeros padres, de quienes triunfó, y en ellos de todos nosotros. Valióse con astucia de una mujer, sexo el mas fácil de engañar, el mas difícil de desengañar y el mas á propósito para engañar. Comieron Adán y Eva de la fruta del árbol prohibido, y el estipendio de este pecado fué la muerte, la privacion de la justicia original, de la gracia y demas dones con que el Criador los habia dotado; y de hijos de Dios quedaron convertidos en esclavos del demonio, sujetos á un decreto de muerte eterna, que los excluía del cielo con toda su criminal descendencia. ¡Qué orgulloso, qué ufano, qué soberbio se manifestó de resultas Luzbel, este infernal Aman, al ver aplicado al carro de su triunfo todo el género humano! Como ántes de su caída habia concebido en su corazón ingrato subir sobre los astros del cielo, y arrojar de su solio al Altísimo, de resultas de haber triunfado de nuestros primeros padres, contaba desde luego con la posesion y homenaje de todo el género humano.

Pero Dios, cuya naturaleza es la bondad y la misericordia por esencia; Dios, que habia criado al hombre para sí, y que desde la eternidad se habia propuesto elevar su naturaleza sobre todas las criaturas visibles é invisibles, ordenando que en su Unigénito la adorasen hasta los mismos ángeles: *adorent eum om-*

nes angeli ejus (1); Dios, movido á compasion despues de haber reprendido y multado con penas á nuestros primeros padres por su inobediencia, maldijo á la serpiente, y le anunció que una mujer quebrantaria su cabeza (2). Esta mujer dichosa fué María, destinada en los consejos eternos para madre del Omnipotente. El Señor la distinguió de las demas criaturas, haciéndola superior á todas ellas, como reina del cielo y de la tierra, y protectora de sus hijos los fieles, á quienes debía adoptar en el Calvario. Por el canal de esta su verdadera madre quiso el Señor se nos comunicasen sus gracias. Por esta causa los Padres de la Iglesia no han dudado proclamarla con los mas gloriosos títulos de honor, de magnificencia y de poder, correspondientes á su altísima dignidad.

¿Qué mucho pues, señores, que los cofrades del escapulario de nuestra Señora del Cármen saluden á esta nueva Ester como á una madre benéfica, fiando á su poderosa intercesion con el divino Asuero su salud espiritual y la libertad de su esclavitud en el pecado? Yo bien sé que los rasgos de bondad y de poder de aquella heroína no son capaces de caracterizar completamente la misericordia de María para con sus hijos, ni su influjo para con Jesucristo nuestro salvador; pero me consta que la Iglesia, columna y firmamento de la verdad, aplica estos mismos rasgos á María, porque en un sentido espiritual, dice un sabio, halla en ellos una imágen fiel de su beneficencia, su poder y auxilios, que obtiene á favor de sus devotos en los momentos decisivos de la muerte. En efecto, señores, yo me represento á María postrada á los piés del Cordero sin mancha, intercediendo por sus hijos, á quienes ve rodeados de poderosos enemigos que conspiran á su muerte y eterna ruína. Mas no penséis que los enemigos de los cofrades del Carmelo son únicamente los ministros del Aman infernal: estos han logrado por auxiliares, y han hecho estrecha liga con cierta clase de hombres, que ya abiertamente, ya bajo el pretexto de reforma y pureza de culto, han declarado la mas cruda y artificiosa guerra á la devocion del Carmelo. No será pues fuera de propósito dar á conocer, en primer lugar, el carácter y astucias de sus enemigos, y en segundo, la solidez de este culto, conforme en todo al espíritu de la Iglesia. Dos reflexiones, que dividen justamente la

(1) *Hebr. c. 1. v. 6.* (2) *Genes. c. 3. v. 15.*

materia, dirigidas á honra y gloria de Dios y de su santa Madre, y á la instruccion y consuelo de los cofrades del Carmelo. Pidamos las luces del Espíritu santo por la intercesion de su augusta esposa. *Ave María.*

La santa Iglesia, dirigida desde su origen por el Espíritu santo, contra la cual jamas podrán prevalecer las puertas del abismo, porque Jesucristo ha prometido estar con ella hasta la consumacion de los siglos; la Iglesia, repito, nos ha enseñado que en todo tiempo podemos invocar con utilidad á los santos, que ellos oyen nuestras súplicas; que las presentan ante el trono de Dios é interceden por nosotros, y que por su intercesion nos dispensa el Señor á veces singulares beneficios. De aquí se sigue por una consecuencia legítima, que María, verdadera madre de Dios, reina del cielo y de la tierra, superior á toda criatura y solo inferior á Dios, es la mas poderosa intercesora del linaje humano para con el divino Hacedor, por su mayor inmediacion y alianza con este único origen de todo bien perfecto.

Ademas, ella es entre las criaturas todas la mas interesada á favor nuestro, por su mayor afecto al género humano, al cual de orden de Jesucristo adoptó por hijo sobre el monte Calvario. Á esto se agrega que como la mas santa, es la mas allegada y próxima á Dios, y la que goza mayor influjo en su divina presencia. Para inspirarnos la Iglesia este pensamiento, la proclama con frecuencia madre de la divina gracia, consoladora de los afligidos, refugio de los pecadores y dulce esperanza nuestra. De aquí la multitud de atribuciones con que los fieles de todos los siglos la han invocado é invocan en sus conflictos; ya como Madre de misericordia, de la esperanza, del consuelo, de la paz, de los remedios, del rosario, del refugio, del socorro y amparo de los pecadores; ya por las alabanzas de su pureza original, ya por las de sus dolores, angustias, soledades etc.; todo ello con aprobacion de la Iglesia, con testimonios auténticos de sus pastores, que abriendo el tesoro inagotable que el mismo Jesucristo les confió, han concedido á todos estos devotos establecimientos, bajo ciertas condiciones, innumerables indulgencias á favor de los fieles, para facilitarles ó aligerarles en cierto modo la bienaventuranza, para que fueron criados.

¿Por qué pues no deberemos considerar bajo este mismo plan

la devocion del Carmelo y las indulgencias concedidas á los cofrades de su santo escapulario? Enemigos de esta santa devocion, ceñíos á responderme: ¿qué dificultad halláis en concebir, que al tiempo de la muerte y resurreccion de Jesucristo hubiese en el monte Carmelo algunos devotos y venerables anacoretas, que siguiendo las huellas de los profetas Elías y Eliseo, ó las del santo precursor el Bautista, esperasen el reino de Dios, segregados del mundo? ¿Qué repugnancia hay en que creyesen estos la divinidad del Salvador, y que abrazando, como muchos otros judíos, su augusta Religion, se pusiesen bajo la tutela de su Madre? ¿Qué halláis aquí de repugnancia? ¿Qué oposicion al culto y Fe de Jesucristo? ¿No pudieron estos anacoretas, que realmente existieron segun la constante tradicion de muchos siglos, vivir como aquellos, de quienes habla san Pablo, y de quienes el mundo no era digno, habitar en los desiertos, en las cavernas y entrañas de la tierra, durante las persecuciones de la Iglesia, como lo practicaron con el tiempo los Paulos, los Antonios, los Hilariones, los Pacomios y tantos otros héroes del cristianismo en los desiertos del Egipto? ¿Osaréis negar la inmemorial tradicion de la Iglesia oriental sobre los anacoretas del Carmelo? ¿Recusaréis el testimonio de san Luis IX, rey de Francia, que visitó en el referido monte á estos venerables, con admiracion de su vida austera y de su adhesion al culto de la Madre de Dios? ¿Negaréis la solicitud y zelo de este santo príncipe por establecerlos en su reino, y la rapidez con que esta sagrada orden se extendió por toda Europa, y aún por muchas islas del Océano y del Mediterráneo? ¿Negaréis que fué aprobada desde luego por los sumos pontífices, patrocinada por los reyes, proclamada por los sabios, y abrazada, no solo por el pueblo rudo, sino por infinitos varones insignes en santidad?

Mas ¿quiénes son, me diréis, estos enemigos de la devocion del Carmelo y de su santo escapulario? Yo, señores, os los voy á mostrar clasificados, y para confundirlos, bastará ponerlos simplemente en cotejo con los defensores de este culto. De estos enemigos los unos son incrédulos, herejes otros, y otros son críticos morosos. Los primeros son personas entregadas á los placeres criminales, que viven sin religion, materialistas, deístas ó ateístas, que gloriándose de espíritus fuertes y sublimes, se burlan y satirizan toda especie de culto, afectando no

reconocer mas Dios que sus pasiones: las diversiones profanas y el desahogo de sus brutales apetitos forman la moralidad de sus costumbres y el objeto de sus solicitudes. « Venid, » se dicen, como los impíos que nos describe el Sabio (1); « venid, y gocemos de los que son bienes, y usemos de las criaturas con la celeridad de jóvenes: llenémonos de vino precioso y de ungüentos, sin dejar que se nos pase la flor del tiempo: coronémonos de rosas ántes que se marchiten: no haya prado donde no aparezca nuestra lujuria: resplandezca por todas partes nuestra alegría... Oprimamos al pobre justo, sin perdonar á la viuda, ni reverenciar al anciano: sea nuestra ley la fuerza y la violencia. » ¿Qué idea de culto queréis apruebe esta clase de gentes, que miran como tiempo triste, enfadoso y perdido el que se consagra á la Religion? Mundanos de profesion! vosotros solo sois apologistas de la vanidad, de las bagatelas, excesos y tiranías de este siglo corrompido, y censores implacables del culto, solemnidades, gracias y maravillas de la Religion de nuestros padres, y pues vivís en un sentido réprobo, llenád la medida de vuestros excesos, como se explica el Espíritu santo; pero sin turbar las festividades ni los debidos homenajes que tributamos á nuestro verdadero Dios y á su santa Madre, apoyados sobre la fe y disciplina de la Iglesia.

La segunda clase de enemigos del santo escapulario del Carmelo son los herejes, que han sacudido el yugo de la Religion, y separados de la Iglesia, pretenden, como crueles viboreznos, romper las entrañas de esta piadosa madre que les dió el ser, y rasgar la túnica inconsútil de Jesucristo. Ellos de tiempo en tiempo han levantado el estandarte de la rebelion contra la esposa del Cordero sin mancha, y bajo el especioso y vano pretexto de reforma, han conspirado ya por violencia, ya por hipocresía, ya por discursos capciosos, llenos de dolo y de impostura, trastornar y abolir por sus fundamentos todo el plan de la Fe, de la moral y de la verdadera Iglesia de Jesucristo. Sus sacramentos, su liturgia, sus ceremonias, su jerarquía, su culto, no han estado á cubierto de los furiosos ataques de la maledicencia, la sátira y sarcasmos de estos hijos rebeldes. La verdadera Madre de Dios ha sido uno de los principales objetos contra el que estos protervos y contumaces enemigos de la Re-

(1) *Sapient. c. 2. v. 6.*

ligion han vomitado sacrílegas blasfemias. El temor de escandalizar vuestros oídos y la pureza de esta cátedra no me permiten publicar los indignos epítetos, con que algunos de ellos han osado infamarla. ¡Con qué aire burlesco, con qué criminal perfidia y desacato no se explican al tratar del escapulario del Carmelo y demas atribuciones, con que los fieles, apoyados en la práctica de la Iglesia y breves pontificios, invocan á nuestra Madre benéfica para obtener su patrocinio! Pero dejemos delirar y palpar tinieblas á estos infelices ciegos y guías de otros muchos, y pasemos á manifestar brevemente la tercera clase de enemigos del santo escapulario.

Estos son hombres educados en el seno del cristianismo, genios de ideas singulares, que desvanecidos con sus conocimientos en las artes y ciencias naturales, se han cuidado poco de la instruccion en materia de Religion y de moral; y fiando demasiado en sus luces, han incurrido miserablemente en errores hijos de ignorancia crasa, sobre materia de culto. Lo peor es, que reconvenidos de su error, á imitacion de Erasmo y otros muchos, hacen punto de honor y ostencion de sostener sus opiniones singulares. Su ingenio fecundo les provee ciertos paralelismos, que les sirven de armas para combatir el culto que se da á la Madre de Dios, y menospreciar sus solemnidades. Para oscurecer sus legítimas prerogativas, é intimidar la piedad de los fieles, impugnan ciertos títulos ó atribuciones que le están consagrados por la Iglesia (como el de *esperanza*, *consuelo nuestro*, etc.), bajo el capcioso pretexto de no ser conformes á la precision teológica de los términos. Así caen insensiblemente en el error de negar la invocacion de los santos, y el culto debido á la madre de misericordia. Con tan flaco fundamento combaten principalmente las indulgencias del santo escapulario, llamándolas exorbitantes. Tal es en sustancia el sistema ruinoso de estos hombres singulares, idólatras de su capricho, que tienen su mayor vanidad en sobresalir y aventajarse á los demas, afectando dudas de todas las prácticas de la Religion, para no sujetarse á ninguna. El escapulario, dicen (son expresiones de un sabio), es una devocion puramente popular, que sin razon ocupa la atencion de los fieles sencillos é incautos, sin mérito alguno de piedad, y que los aparta de los grandes objetos de la Religion.— Así hablan en tono de oráculos, como pudieran desde la mesa de tres piés. Hé aquí una breve descripcion

del carácter de los enemigos del Carmelo. Resta, señores, compararlos con los ilustres defensores del escapulario, para que á primera vista conozcáis la justicia de la causa, y de qué parte está el candor y la verdad.

¿Quién no se avergüenza de proferir, que la devocion del Carmelo es peculiar de un pueblo rudo y grosero? Sin estar privado de sentido comun, ¿quién se atreverá á decir que es un invento de pocos siglos, como el de la pretendida reforma? Yo en efecto hallo entre los cofrades y defensores del escapulario sabios, personajes ilustres, santos, y lo que es mas, oráculos expresos de los sumos pontífices; y por lo que hace á su origen, es decir, el de los venerables anacoretas del monte Carmelo, lo veo confundido con la época de la primitiva Iglesia, si damos fe á la inmemorial y constante tradicion, que segun los viajeros se conserva en el monte Carmelo, de ser estos los sucesores de los profetas Elías y Eliseo, de cuyos ermitorios se descubren aún insignes restos de antigüedad en aquel monte, principalmente una pequeña capilla, que en honor de la santa Virgen construyó el profeta Agabo, abad del Carmelo, en el año 83 de Cristo.

Mas aún cuando nuestros morosos críticos se desdeñen admitir, sin fundamento sólido, esta venerable antigüedad de anacoretas sobre el Carmelo, jamas podrán negar un hecho constante en los anales de la historia; á saber, que los peregrinos del Occidente, que desde los primeros siglos de la Iglesia iban á visitar los santos lugares de Jerusalem, tenian en el Carmelo diferentes ermitas, donde se recogian, quedándose muchos de ellos de anacoretas en aquel monte por devocion. Pero ¿qué mucho, si en los siglos posteriores, cuando los mahometanos entraron en posesion de aquellos santos lugares, habia en el Carmelo muchos peregrinos en otras tantas ermitas, expuestos al furor y violencia de los bárbaros, como sabemos por la historia? Igualmente cierto es que Aimerico, legado de Alejandro III en Oriente y patriarca de Antioquía, reunió á estos anacoretas, que vivian bajo la tutela de la Madre de Dios en los ermitorios de Elías y Eliseo, en verdadera órden religiosa en el siglo XII. Ni osarán negar nuestros críticos, que Alberto, patriarca de Jerusalem, les dió reglas en 1205, las cuales confirmó Honorio III, cuyo hábito arregló despues, mitigando la austeridad de la regla, Honorio IV en 1245. Tampoco pueden ne-

gar, sin acreditarse de peregrinos en la historia, que en 1238 pasaron á Europa, y que san Luis, rey de Francia, trajo en su comitiva seis de estos religiosos, para que fundasen en sus dominios, donde se multiplicaron maravillosamente.

De aquí se extendieron con suma rapidez por todo el Occidente bajo la proteccion de la santa Sede, de los reyes, de los obispos, de los grandes y de los sabios. Ni tardaron en pasar á Inglaterra, donde recibió mucho aumento y esplendor esta venerable orden. Simon Estoch, que de edad de doce años se habia retirado al desierto, á imitacion del Bautista, sin otro alimento que las yerbas del campo y los frutos espontáneos de los árboles, vió con placer á estos religiosos que acababan de arribar de Palestina, admiró su vida, solicitó su profesion, promovió sus establecimientos; y elegido á poco tiempo por sus virtudes general de la orden, se dignó María santísima darle un escapulario por signo de su proteccion, como lo habia ejecutado en otro tiempo con san Ildefonso, presentándole la casulla que debía usar en el santo sacrificio de la misa, en recompensa de haber defendido su virginidad; y la santa cinta á los tortosines para interesarlos en su culto.

Yo bien sé que los herejes, los espíritus denominados fuertes, y ciertos críticos morosos, que se creen iluminados como los gnósticos de los tiempos primitivos, se burlan de semejantes apariciones. Estos miserables, esclavos de sus sentidos, solo creen de ordinario lo que tocan por ellos. Todo lo demas pasa en su delirante juicio por supersticion, fanatismo y preocupacion de un pueblo rudo y grosero. Mas ah! celebros destornillados, ¿tratáis con esta ignominia á los mayores monarcas y dinastas que han protegido la Iglesia y esta venerable orden por el largo espacio de mas de seis siglos, aún cuando nos limitemos á su establecimiento en el Occidente? ¿Numeráis entre el pueblo rudo y grosero á los sumos pontífices, que la han aprobado y confirmado sus indulgencias? ¿Contáis por preocupados y fanáticos á los eminentísimos cardenales de la sagrada congregacion de ritos, presidida por uno de los primeros sabios de su siglo? ¿Deberán pasar por supersticiosos todos los arzobispos, obispos, abades y generales de las órdenes religiosas, que han aprobado, protegido y defendido el instituto del Carmelo y sus indulgencias? ¿Reputáis por fanáticos la gran multitud de santos y varones ilustres en virtudes y ciencias, que ha produ-

cido esta orden á la Iglesia y al estado? ¿Juzgáis pueblo grosero y preocupado á innumerables cofrades del Carmelo, personas de las primeras jerarquías, grandes, jefes militares, caballeros, que han vivido y viven aún bajo la proteccion de esta augusta Madre? Y para decirlo de una vez, ¿miráis como pueblo rudo las academias, establecimientos literarios y las célebres universidades de todo el mundo católico? Ah! presentáos aquí, sabios de Edimburgo, de Oxford, de Bolonia, de la Sorbona y Salamanca, y dadnos auténtico testimonio del ventajoso juicio que formasteis, al ser consultados sobre la solidez y utilidad de estas indulgencias.

Excederia yo sin duda los estrechos límites de un discurso predicable, abusando de vuestra atencion, si me detuviera á presentaros el pormenor de tantos irrefragables monumentos de la antigüedad. Pero lo hasta aquí dicho basta para que forméis juicio de la notable diferencia y peso de autoridad que presentan los defensores del santo escapulario del Carmelo, en comparacion de sus enemigos, que lo son generalmente de la Religion, del culto y de la piedad; y pasemos ya á demostrar, que las indulgencias concedidas á esta venerable orden y á su santo escapulario son conformes al espíritu de la Iglesia: segunda parte de este discurso, que voy á exponeros con la posible brevedad.

Para poner á buena luz esta interesante verdad, bastará destruir las objeciones, paralogismos é imposturas de estos enemigos, que son las armas de que se valen para combatir el culto debido á la Madre de Dios. Los incrédulos de profesion, los materialistas y herejes que niegan todo culto externo, están demasiado impugnados por los anatemas de la Iglesia, que en todos tiempos ha condenado sus errores en esta parte. Así los delirios de estos no deben detenernos por ahora: están suficientemente refutados por los apologistas católicos de todos los siglos. Otros son los principales y mas perjudiciales enemigos del culto de María, tanto mas perniciosos, cuanto mas ocultos, pues afectan no atreverse á negar lo que la Iglesia ha decidido, declarándose dolosamente y con un zelo farisaico, contra ciertas loables prácticas, que ellos llaman abusos introducidos en el culto y solemnidades de nuestra Señora. Declaman furiosamente contra ellos, como opuestos al espíritu de la Iglesia, ex-

plicándose á este fin con oscuridad y con dolo. Oídes hablar acerca del escapulario del Cármen.

Esta devocion, dicen, lisonjea mucho á los pecadores, y les inspira una vana confianza : atribuye demasiado poder á la Madre de Dios, y facilita mucho el asenso á lo maravilloso y á los sueños y falsas revelaciones. Al escapulario, añaden, se le atribuyen denominaciones injuriosas á Jesucristo y al espíritu de la Religión, llamándolo signo de salvacion, alianza del pacto sempiterno con el cual el que lo tenga, no sufrirá el incendio eterno : *signum salutis, foedus pacti sempiterni, in quo quis moriens, aeternum non patietur incendium.*— Con este capcioso aparato pretenden desacreditar la devocion del Carmelo y las indulgencias del escapulario, calificándolas como una de aquellas supersticiones, hijas del error y seductoras del pueblo ignorante, contra las cuales han declamado siempre los obispos, y la Iglesia las ha condenado. Estas son sustancialmente las objeciones con que los enemigos del Carmelo se lisonjean haber triunfado de su culto. Mas si desarrollamos estos débiles reparos, llenos de dolo y de impostura, conoceremos fácilmente, que la devocion de estos cofrades es muy conforme á la doctrina de la Iglesia, sin oposicion alguna á la severidad del Evangelio ni al espíritu de penitencia.

Nada mas religiosamente observado por los católicos en el culto é invocacion de los santos, que la regla de fe que en esta parte nos ha enseñado la Iglesia. Esta piadosa madre, dirigida siempre por el Espíritu santo, ha reclamado y prohibido en todo tiempo las devociones supersticiosas y la zizaña que el hombre enemigo ha procurado sembrar entre los fieles, con el fin de profanar nuestras solemnidades. La Iglesia, repito, distingue en sus oraciones el culto que da al Ser supremo, principio y origen de toda gracia y bien perfecto, de aquel con que invoca en sus necesidades la proteccion de los santos, á quienes el Señor ha coronado. Damos á Dios el culto de *latría*, en señal de su dominio supremo, y como un homenaje que no puede atribuirse á criatura alguna, por excelente que sea. Á los santos damos el culto de *dulia*, como cierta especie de veneracion y de respeto, con que invocamos su proteccion para con Dios, á fin de que por su intercesion acceda el Señor á nuestras súplicas ; así como invocamos la proteccion de los validos del sobe-

rano de la tierra para obtener sus gracias. Á María santísima, que por madre de Jesucristo y por su santidad, hace una jerarquía entre Dios y los hombres, tributamos el culto de *hiperdulia*, inferior al del Ser supremo, y superior al de los ángeles y santos, por su mayor dignidad y su estrecha alianza con Dios, sin que por esto esperemos de su beneficencia otra cosa que su mas poderosa intercesion y su mayor influjo para con el Señor. Esta es la doctrina que sobre este dogma enseña la Iglesia católica á sus hijos ; pero no tiene la delicadeza de alarmar á los verdaderos fieles, reprobando las expresiones de tierna piedad, con que á veces invocan á la Madre de misericordia, ni forma tanto escrúpulo como los enemigos de su culto sobre la precision teológica de los términos con que la invocan sus devotos. Acerca de lo cual decia el venerable Escoto : *quando trato de alabar á la Virgen Madre, mas bien quiero excederme, que saltar á la alabanza que le es debida.*

Mas para qué me detengo y os molesto ? Si los enemigos del escapulario procedieran sin dolo y de buena fe, ¿se escandalizarian de este culto ? ¿No lo verian apoyado en el Evangelio, en los Concilios y en la Iglesia ? Sí, señores ; el Evangelio, dice un sabio, justifica las alabanzas que damos á María ; ó por mejor decir, solo el Evangelio la elogia dignamente con la magnificencia que le es debida. El Evangelio nos hace conocer nuestra debilidad para elogiarla, y nos hace confesar con san Bernardo, que los elogios mas pomposos son inferiores á su alteza, porque solo pertenece á Dios elogiar debidamente esta obra singular de sus manos. Yo no hablo aquí de la ilustre sangre que corre por sus venas, ni de los patriarcas, los reyes y profetas sus progenitores : todas estas son grandezas frágiles de la tierra. Pero sí digo con el Evangelio, que María es madre de Jesus, y de Dios por consiguiente. Qué alteza, qué dignidad ! señores. ¿Qué expresiones, qué elogios podrán compararse á este que dictó el Espíritu santo ?

María, madre de Jesus ! ¿Quién medirá la elevacion, la profundidad y latitud de esta encumbrada montaña, montaña de Dios, montaña donde habita el Señor con complacencia ? ¿Quién no divisa ya este animado promontorio de gloria y de esplendor, elevado sobre otros de admirable altura, es decir de los ángeles, arcángeles, querubines, serafines, Tronos, Dominaciones, Potestades, de una vez, sobre todo lo que no es Dios ?